

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

No exigir demasiado

Comienza el año con mejores perspectivas que el anterior en lo que no depende de la voluntad de los hombres. La Naturaleza no falla a sus obligaciones naturales. Aunque las cumpla con demoras fastidiosas, nadie se rebela contra sus exageraciones. Todo lo más, reza o pasea santos. Pero los explotadores de sus recursos le exigen demasiado. Y eso es tan irracional como tumbar al árbol para coger sus frutos. Para los anglosajones, el criterio de no exigir demasiado está incorporado a la definición de racionalidad y de razonabilidad. A primera vista, ese modesto parámetro parece atractivo como propósito de comprensión y de generosidad hacia las necesidades y capacidades ajenas. Su utilidad en la vida familiar y privada salta a la vista. Pero examinado más de cerca nos damos cuenta enseguida de que sólo vale para andar por casa, y de que no es posible aplicarlo en los ámbitos profesionales y políticos, si lo demasiado no llega, como en España, a lo que es estrictamente necesario. Lo demasiado es poco cuando entra en juego la responsabilidad profesional o política. ¿Es demasiado pedir a los españoles que no elijan asesinos y ladrones para gobernarlos? Pues a esto se reduce la esperanza puesta en 1996.

★

Lo peor de los balances de fin de año, cuando la empresa amenaza ruina, es que no son de terminación del negocio. Y no hay negocio más desastroso, cuando está mal emprendido o mal gerenciado, que el negocio público de la política. El primer día del nuevo año abre las páginas del libro de la vida política, cargado de saldos negativos, para que sus espacios en blanco se vayan rellorando pacientemente con el inexorable aumento de las pérdidas. ¿Es pedir demasiado que se corrija drásticamente el rumbo ruinoso? ¿Es pedir demasiado que se nos de a conocer el verdadero estado de las cuentas del Estado? ¿Es exigir demasiado a los partidos que compiten por la gerencia del Estado que nos digan con claridad lo que piensan hacer, y cuánto nos costará cumplir con las exigencias de la unión monetaria? ¿Es exigir demasiado que equiparemos en dos años nuestros índices económicos con los de Alemania? ¿Nos exige demasiado Maastricht? Porque no exigir demasiado a los demás parece una buena norma, si los demás no exigen demasiado de nosotros. En política económica, no exigir demasiado supone que se puede exigir menos. Pero tanto el partido gobernante como el aspirante se han sometido a la Unión Monetaria como si se tratara de un asunto de la Naturaleza. Si se equivocan, el mayo español anegará las calles como las lluvias tardías.

★

Con ser tan importante la cuestión económica, donde se plantea de manera vital el criterio de no pedir demasiado es en el terreno político. ¿Es exigir demasiado que la televisión pública sea imparcial con los partidos en campaña electoral? ¿Es exigir demasiado que se respete el derecho a la abstención? ¿Es pedir demasiado que los procesos judiciales en curso no se detengan por razones extrajudiciales durante la campaña? ¿Es exigir demasiado de periodistas y escritores que no recomienden votar al partido del crimen de Estado, del robo de Estado, de las escuchas de Estado y de las mentiras de Estado? ¿Es exigir demasiado del elector que no se haga cómplice de la degeneración del partido gobernante? En cualquier país decente todo esto no sería exigir demasiado, sino lo mínimo necesario. Y como el pueblo español no tiene razón que le obligue a ser indecente, o poco razonable, está obligado a exigir que estos mínimos de dignidad social y de moralidad pública se cumplan a rajatabla, y a no incurrir él mismo en «urpidez» política. Y puede hacerlo porque tiene la capacidad de expulsar de la vida pública, no ya a las personas que han abusado en su beneficio de los poderes del Estado, sino a unas instituciones de gobierno que propician la corrupción de los gobernantes. ¿Es pedir demasiado que no seamos demasiado tontos políticos o, como diría Umbral, demasiado correctos?

TRIBUNA LIBRE

La patraña de la pistola sobre la mesa

[ABEL HERNÁNDEZ]

A DOLOFO Suárez ha desmentido tajantemente, de nuevo, la anécdota de la pistola, contenida en mi libro *El Quinto Poder*. En el capítulo 10 de la *Historia de la Democracia*, ofrecida en fascículos por EL MUNDO, explica las causas de su dimisión y reproduce la carta que sobre el desgraciado suceso había publicado a raíz de la aparición del libro en este mismo periódico. Tanta insistencia demuestra que le preocupa la historia. Sé que le ha dolido que yo me haya hecho eco de la misma. Intentaré explicar las razones que me movieron a hacerlo a ver si consigo aclarar definitivamente el lamentable asunto, contribuir a la verdad y, de paso, salvar mi honorabilidad profesional y, si es posible, nuestra amistad.

Nunca creí que Suárez se dejara amilanar por los militares ni por nadie. Y menos poniéndole una pistola sobre la mesa. He seguido de cerca su trayectoria pública, soy uno de los pocos que permanecí a su lado cuando los demás le abandonaron, le acosaron o le despreciaron como para dudar a estas alturas de su extraordinaria dignidad personal y su valerosa defensa de las instituciones democráticas. Pero tengo que confesar que, dada la fiabilidad de la fuente nada

menos que el cardenal Tarancón—llegué a pensar que el incidente de La Zarzuela había sucedido y que la presión militar, unida a la percepción de un debilitamiento en el apoyo regio, podía haber sido el desencadenante de una dimisión largamente meditada, causada sobre todo por los problemas internos de UCD y por el despiadado acoso de la derecha y los socialistas.

Me equivoqué. Lo de la pistola sobre la mesa en La Zarzuela es

Adolfo Suárez. Gutiérrez Mellado, en unas declaraciones póstumas, afirma: «Por ejemplo, ese invento de que un día varios generales le sacaron la pistola a Suárez y se la pusieron encima de la mesa. Eso está copiado de Mussolini (...). ¿Usted cree que a Suárez le van a hacer eso? ¡No, ni hablar! Lo que pasa es que a los ultras les gustaba decir que a Suárez le echaron los militares. Ni hablar, ¡A Suárez le echan los de UCD!». Me rindo. Además, los expertos me aseguran que ningún general acudiría armado a un almuerzo en La Zarzuela. Lamento haber contribuido a difundir tal patraña.

Debo explicar lo sucedido. Siempre he procurado informar con sensatez y objetividad. No quiero coger a estas alturas fama de frívolo. La verdad es que el cardenal Tarancón contó la dichosa anécdota tal como aparece en mi libro. Tengo tres testigos de ello y, por primera vez, voy a citar a dos de ellos con nombre y apellido. El otro, el que me contó la historia, es un cura conocido, que fue amigo del cardenal, que está al frente de una organización de rango pontificio y que prefiere permanecer en el anonimato. Este me ha confirmado por escrito lo sucedido.

Ofrezco el relato, remitido por fax: «Las confidencias del cardenal Tarancón tuvieron lugar en mi propio domicilio, mientras después de la comida tomá-

«Suárez asegura
que es falso.
Ignoro dónde
nació el
lamentable
equivoco»

una patraña. Me fio de la palabra de Suárez, que concuerda con su trayectoria personal. Sus más cercanos colaboradores me han abrumado con sus reproches. Martín Villa me echó una bronca en el antedespacho de

Irak, la guerra continúa

[ANGELES MAESTRO]

S I la guerra contra Irak fue el acontecimiento que inauguró el llamado «Nuevo Orden Internacional», el pueblo iraquí es la principal víctima del «Nuevo Orden Informativo» que ampara a aquél. Irak padeció una guerra de destrucción masiva que la manipulación informativa convirtió en «dimpia» y «quirúrgica»; hoy sufre un embargo genocida que la ONU pretende justificar apelando a la «legalidad internacional».

Cualquier embargo contra cualquier pueblo es siempre condenable. Pero el embargo que sufre Irak es único por tres razones: primero, porque es total; segundo, porque combina sus efectos con los de una guerra de devastación; tercero, porque se ejecuta sobre un país altamente dependiente de la

tecnología y el intercambio comercial.

Los testimonios sobre la situación humanitaria que padece Irak son claros. No hay una sola esfera de la vida cotidiana que no haya sido gravemente alterada por las sanciones. El Pentágono ha admitido que la mayor parte de la destrucción causada durante la guerra de 1991 fue militarmente innecesaria y que sólo perseguía amplificar a largo plazo los efectos económicos y psicológicos de las sanciones.

Desde el inicio del embargo y hasta junio de 1995, 600.467 iraquíes han muerto a causa del embargo, de ellos, 218.978 menores de cinco años. La mortalidad infantil se ha multiplicado por cinco como resultado de la combinación de la malnutrición y las carencias sanitarias básicas. En 1994 murieron 52.905 niños menores de cinco años, siete veces y

media más que el año previo al embargo; cada diez minutos muere un niño iraquí como consecuencia directa del embargo.

Han reaparecido como epidemias, enfermedades erradicadas, que se expanden como consecuencia de las deficiencias higiénicas, del colapso del sistema sanitario y de la falta de vacunas y medicinas, en un país que antes del embargo tenía una cobertura de vacunación infantil del 90%.

No hay material sanitario deseable, reactivos ni piezas de recambio para los aparatos de los hospitales y clínicas, lo que determina la paralización de los laboratorios, los equipos de radiología y los quirófanos.

Irak importaba antes de la guerra el 70% de los alimentos que consumía. Las sanciones no impiden teóricamente la importación de alimentos (ni medicinas), pero la congelación de haberes en el